



LA VARONA CASTELLANA (1).

Yo me muero por la guerra,
 Pierdome por cuchilladas,
 Y en dos desnudas espadas
 Toda mi gloria se enoierra.
 Lope de Vega.-La Varona castellana.
 Jornada II, Escena V.

La genealogía panegírica de los Varonas, que se conserva en el archivo de su casa solariega cerca de Villanañe, en la provincia de Alava, fué compuesta

(1) Para bosquejar el retrato que vá á la cabeza de esta narración, hemos tenido á la vista el único que existe pintado en pergamino en el archivo de Villanañe. No sabiendo á quien atribuir el anacronismo que se nota en el traje de la figura, juzgamos oportuno anticiparnos á cualquiera justa observación que hacérsenos pudiera sobre el caso, prefiriendo antes reconocer sinceramente este defecto, que escitar, pasándole en silencio, la pública desconfianza.

en 1715 por un religioso del orden de San Agustín sobrino del décimo nono poseedor del mayorazgo original, cuyos timbres ensalza mas con el entusiasmo de adepto que con la indiferencia de imparcial historiador. Pero si difícil es creer lo que refiere descendiendo á supérfluas minuciosidades despues de mil y cien años bajo su palabra, temeridad sería desechar aquellos acontecimientos generales que se hallan justificados por Aponte, Argaiz, Tellez de Meneses y otros insignes analistas, libres de ciego interés en la materia, ingénuos por amor propio, y amantes de la verdad sin artificio.

Traer al puerto de Santoña al almirante marítimo Rui Pérez en el año de 689, comandando una escuadra goda: filiarle en el ejército imperial contra Witiza; y cansado de refriegas sanguinarias, lanzarlo después de todo á las montañas alavesas en busca de terreno donde erigir un castillo feudal, imponiendo á aquellos valles los epítetos de *angosto liso ó no ser*, según las contingencias de tan peregrina exploración, es base muy á propósito para formar una novela, pues al aliciente de lo *maravilloso* se reúne como protagonista un héroe que ha blandido su acero en cien combates, y que atraviesa en su corcel los pavorosos bosques porque no sabe lo que es temblar delante del enemigo. Mas cuando se trata de una séria narración que al ejemplo del reconocimiento, del amor patrio ó de cualquiera otra virtud nos guie, esa misma base flaquea por su raíz; entonces no solamente se somete á grandes pruebas la veracidad del autor, sino que inspirará fuertes recelos en el momento en que, olvidándose de los preceptos de Tácito, se ponga entre su héroe y el alumno á quien se le manifiesta, destigurando la verdadera historia de aquel con colores inventados de capricho.

Disimulando á Fr. Miguel de Varona los que su buena fé le indujo á mezclar en el manuscrito que dejamos indicado, no debemos aun así considerarle como recto historiador de su familia. La amazona que pinta, cual otro Zeusis, con elementos esparcidos, ofrece muy poco de real en fuerza de encajarse su prosapia, su valor y su hermosura. De aquí es, que abstraídos nosotros de todas aquellas proezas repugnantes aun á la fé mas cándida, reduciremos á compendio lo que parece no sobrepasar las humanas fuerzas en la conducta anómala que observó Doña María Pérez, apellidada la Varona, conformes con la crítica de muchos anticuarios respetables.

Jóven de veinte y tres años habitaba el palacio señorial en compañía de sus hermanos Gomez y Alvar, ejercitándose con ellos en la caza, su pasatiempo favorito. Tal era el acierto con que ordenaba sus batidas, que rara vez eran estériles; antes bien colgaba muy á menudo en el pórtico de su fortaleza las cornamentas del ciervo, por trofeo de su denudado varonil. Nunca hubiera abandonado aquel retiro, si el apuro en que D. Alonso I de Aragon puso al V. de Castilla, inculpándole el divorcio de su madre Doña Urraca, no hubiese recordado á los hijosdalgo de Villanañe que sus deberes principiaban por el servicio del rey y por la defensa de la patria. Devorábase la idea de abandonar á su hermana en aquellas circunstancias tan críticas, cuando el infante D. Vela, hijo del soberano de Navarra, llegó con el ejecutivo mensaje de que era necesario se aprestasen para la lid, pues su tío el rey de Castilla le llamaba como nobles comprendidos en la leva general. No opusieron el menor disgusto al ilustre embajador que tan modestamente arribara á su castillo, obsequiándole con opíparos festines, trato afable y delicado, y magnífico plumazo en que dormir. El huésped, á pesar de ser altivo, detúvose con gusto en Villanañe; y al despedirse pasados unos días, observaron Gomez y Alvar que revolvió dos ó tres veces su caballo para mirar el sombrío torreón, que iba suavizándose á lo lejos entre las espesuras del monte.

Pregonada la orden real en la comarca tributaria, retumbó por donde quiera el clarín que convocaba á los valientes. Pobláronse las sendas del castillo de donceles y escuderos, que deseosos de ganar los honores de la caballería, llevaban consignada en su apostura el ansia de desenvainar su recio alfanje, y ostentar la resistencia de su brazo en el campo del honor. No tenían empresas sus brogueles. Era preciso que estos jóvenes soldados las ganasen por medio de fatigas y peligros, ó haciendo algun prodigio de valor digno de la gratitud del soberano. ¡Feliz él que logra derribar á su adversario obligándole á confesarse vencido! Suya será la palma y el laurel del campeón: desde entonces tendrá ese escudo heráldico que ambicionan adornar las castellanas con una flor emblemática ó con un rizo de sus trenzas, gra-

hando alrededor de la bordura el mote apasionado de su fé.

Ninguna de estas dádivas faltaba ya á los caballeros de Villanañe; pues ayezándose desde su primera juventud á los trabajos de su profesion, habían sabido sostener con esplendor y con fortuna los timbres de sus ascendientes. Preparábase á vestirse el armás sin codiciar el premio: mas revelando á su hermana el dolor que lei causaba tan inopinada separación, no pudieron menos de mostrarse vacilantes entre su ánimo aguerrido y los impulsos amorosos de su corazón sensible. La impávida doncella ni se conmueve ni se turba. «Sea cualquiera vuestra suerte, hermanos míos, quiero arrostrarla con vosotros», les responde. Bien sabéis con cuánta intrepidez monto á caballo para perseguir las fieras. Vosotros mismos me habeis proporcionado muchos lances, que os han dado á conocer el arrojo que me asiste, cuando se interesa mi vida en su buen éxito, ó la reputación que nuestro orgullo goza. No creo haya una diferencia muy notable entre el guerrero que juega desesperado sus armas, y el furioso javali que, acometiendo á quien le hiere, hace temblar aquellas selvas con sus imponentes bramidos; y como estos no me hayan hecho otra impresion que la que hace el balar de los corderos en las insensibles rocas, deduzco que mi elemento es la guerra, y que mi cuerpo debe robustecerse bajo el peso de las mallas antes que afeminarse en esa delincuente ociosidad á que profeso irreconciliable aversion. Cedadme, pues, una armadura, una espada y un corcel; que cuando me veais retroceder un solo palmo, para eludir cobardemente al enemigo, podreis avergonzaros de llamarme hermana vuestra, y condenarme á llorar presa en esta torre mi vergonzosa debilidad.»

Este enérgico razonamiento fué seguido de la mas tierna efusion por parte de los caballeros á quienes se dirigia, y basando la mano de la heroína con mas respeto que desconfianza, no se atrevieron á defraudar en la menor cosa tan terminante resolusion. Activáronse desde aquel día los preparativos de la jornada; y llegando por último el momento de partir, colocáronse á la cabeza de sus respectivos escuadrones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de cintura mas estrecha y mas flexible, una toca blanda sobre el yelmo, y la adarga sin divisa ni color.

Incorporados en Toledo al ejército del rey, permanecieron una temporada esperando que el aragonés hiciese la primera tentativa de invasion en nuestro reino, observando Doña María las mas esquisitas precauciones para que nadie la reconociera por muger, á fin de conservar el gran prestigio que iba adquiriendo de día en día con el favor de sus hermanos. Para evitar toda suerte de compromisos, hacia frecuentes correrías en que nunca la faltaba ocasion de probar sus fuerzas, merced á las cuadrillas de saracenos que circulaban opriniendo á las aldeas con sus bárbaros insultos. Impaciente, sin embargo, por realizar libre de freno las proezas que combinara en los accesos de su heroico fanatismo, recibió con intensísimo placer la órden de ponerse al frente de su tropa tan pronto como sonara la trompeta del alcázar, pues el de Aragon se internaba á marchas dobles en Rioja, desahogando su odiosidad y su venganza con inauditas tropelías.

Evacuó en efecto D. Alonso la ciudad al comenzar el mes de Mayo de 1063, tomando direccion hácia Jadraque, en cuyas inmediaciones dominaba el castillo del Plano una superficie de mas de doce leguas denominada á la sazón llano de Atienza, y hoy los campos de Varona.

No se hizo esperar mucho el enemigo.

Declinaba el día 14 del mes ya recordado, cuando avistáronse las armadas, encaminándose la una hácia la otra. Brillan los últimos rayos del sol en sus bruidos uniformes. Fluctúan los plumajes y garzotas ostentando sus matices como un campo cubierto de flores; alzanse los estandartes, y avanzando las primeras guerrillas al son de las trompetas y atabales empujan la accion. ¡Qué golpes tan terribles se

descargan mutuamente los soldados. ¡Con qué bizarria se hieren, se acuchillan y maltratan! La noche clara; empero apenas se perciben de que les falta ya la luz. Crujen los arneses, las armaz, el hierro de los ginetes y de los caballos; los donuestos y las aclamaciones bélicas suben hasta lo alto de los cielos. La sangre inunda el campo de la gloria, y el viento se carga de esos vapores que embriagan á los héroes, é inoculan el furor en sus arterias. El manto de la noche, haciéndose cada vez mas lóbrego, confunde las banderas hasta el punto de ser acometidas muchas veces por sus mismos defensores. Viendo los monarcas aquel caos, y el daño que de tamaño desorden les podría resultar, penetran el estrépito del campo con el sonido del clarín que llama á los combatientes al descanso. Atenuase paulatinamente el ruido de las dagas, como degrada el de un copiosísimo aguacero al ausentarse la nube que le arroja en alas del huracán. Restituyese mas tarde una profunda calma, interrumpida por la voz de los soldados moribundos, que pedían á sus hermanos de armas un acero vengador y un laurel para su tumba.

No se había entregado al sueño Doña María Perez mientras sus compañeros agotaban su valor por destrozarse al enemigo; sino que envolvió la densa oscuridad de la noche su pujanza y su bravura gigantescas.

Pasaron dos horas sin que el orden se alterara un uno ú otro real. Velaba Doña María á una de las estremidades mas remotas del campamento castellano. La oscuridad era completa. Habíanse apoderado del cielo inmensas lejonas de horribles nubes, que no por deslizarse al empuje de un viento zumbador dejaban de ocultar el firmamento en masas impenetrables á la dulce claridad de las estrellas. Restalla de improviso el paso acelerado de un brido, y se dibuja una figura militar á corta distancia de la osada centinela, que, enristrando la lanza, hundiendo el acicate en el hjar de su robusto potro, y adelantándose con intrepidez gritó: — «Vos, el ginete, quien quiera que seáis, rendid las armas.»

—A vos toca y no á mí rendirlas, y declararse prisionero.

—Perdono, viva el cielo, vuestra soberbia temeraria; y si la vida no os moja, podeis apresuraros á salvarla en la promesa que ahora os hago de presentaros sin quitársela á mi rey. No me es posible conceder mayor bien.

—Todo lo que puedo hacer en favor vuestro, repuso el aventurero paladín, es desarmaros sin lidiar, y conducirlos á mi tienda vivo.

—Las manos y las armas, no palabras que lleva el aire, decidirán esta cuestión. Alívio sois por cierto... defendeos, aragonés.

Y arremetiendo contra el arrogante incógnito, vuelan las lanzas hechas astillas, y saltan como relámpagos al suelo requitiendo las espadas. El valor, la destreza y la fuerza compiten en esta lucha sin dar la victoria á uno ni otro contendiente. El aragonés quiere tomar aliento, y su competidor se le otorga. Vuelven á la carga de allí á poco; y rompiendo doña María la hoja de su espada sobre la guarnición de la del contrario, este aturdido de tan formidable golpe, dá dos pasos atrás y dice:

—Bajad las armas, soldado, y declaradme francamente si sois noble, como vuestra valentía lo dá á entender.

—Tan noble soy como vos, respondió la Perez, aunque con la persona del soberano hablase. Mi sangre es limpia, mi linage godo, y por encima del blason de mis abuelos sienta un yelmo de seis rejas, que denotan su calificada alcurnia.

—En ella fio, y desde ahora aceptadme esta manopla en señal de que respeto vuestras órdenes.

—Volved la manopla á su lugar, y dadme la espada.

—Ni vos teneis derecho para pedírmela, replicó levantando su visera el adalid, ni yo obligacion á obederos.

—Don Alonso de Aragon! exclamó Doña María Pe-

rez, hincando precipitadamente la rodilla.—Señor, si antes os hubiese conocido, hubiera sofocado mi rencor, primero que escoger por blanco suyo vuestro pecho. Ajustaros, os ruego, esa manopla, y sirva unicamente de prenda, pues las leyes de la caballeria la exigen, la palabra fiel de un rey y el honor de un caballero.

—Sois atento y cortesano; empero ya que conmigo andais cumplido, quiero yo tambien serlo con vos. Troquemos los aceros, en testimonio de nuestra reciproca lealtad.

—De grado admitiria vuestro consejo, si en el calor de la reyerta no hubiese roto mi espada, parando con el trozo que aqui veis, vuestras puntas y reveses.

Y desenvainando Doña María el ruin fragmento de que hablaba, sintió el aragonés todo el peso de su suerte, acabando de estallar su confusion, cuando encaminándose á la tienda del monarca salieron al encuentro Gomez y Alvar, profiriendo en estromos de júbilo el nombre de su hermana, á quien volvian á encontrar despues de tan sangrienta noche, si bien extrañándoles que un hombre la acompañara apreciando su recato singular.

—¿Cómo es eso, caballeros, dijo el rey; una muger me ha vencido? ¿Una muger me lleva preso?

—Infeliz de ti, Aragon, exclamó Gomez, que no has podido sufrir mayor injuria, que el de verte sometido al sexo débil. Caminad, caminad, infelizmente príncipe, que ya se descubre la tienda del magnánimo Alonso VI. No os ruboricéis de haberos dejado cautivar de una dama, que es hermosa como pocas, y valiente... como vos.

Esta ironía pesó mucho al malhadado rey, quien se disponia á devolverla con mas dosis de veneno, á tiempo que dos comensales llegaron á decirle de parte de su señor, que sabiendo su derrota, le aguardaba para estrecharle entre sus brazos, no en concepto de enemigo, sino en el de esposo que habia sido algun tiempo de su madre Doña Urraca.

Luego que, entrando en el réglo albergue, se cumplieron los tres parientes coronados, mandó el rey de Castilla que besasen la mano al de Aragon D. Pedro Anzures, D. Pedro de Lara, D. Juan de Mendoza y otros varios ricos-hombres, retirándose todos en seguida menos los caballeros Perez, á quienes preguntó el monarca cuál de los tres era el vencedor de D. Alonso. Apenas oyó que el autor de tanta empresa habia sido aquella muger, que disfrazada tenia á presencia suya, ordenó descubrirse el rostro para quedar desengañado enteramente, y contemplarla á su solaz. Obedeció, pues, nuestra heroína, dejando entrever al rey la graciosa turbacion de su semblante, al mismo tiempo que articulaba palabras llenas de generosidad y sumision.—Yo soy la afortunada vasalla vuestra, que ha obtenido la dicha de venir á vuestro real, sirviendo al soberano de Aragon. Buscó mi brazo otro brazo, hallé con quien medir mis fuerzas, choqué espada con espada, y porque Dios así lo quiso, vencí á quien parahorarme quiso darse por vencido.

Liberal ó prendado el huésped de la dulzura irresistible que derramaba Doña María, en sus expresiones, sacó de su dedo un anillo en que estaban grabadas las armas de Aragon, y se le entregó al rey de Castilla. Entonces este, dirigiéndose á Doña María Perez, la dijo:

—A vos, porque en vuestros hechos mas que hembra varon sois, os llamaremos en adelante la VARONA. Tomad ese anillo cuyos barras traseréis vos y vuestros descendientes ladeadas, en memoria de que las ganasteis derribando las armas aragonesas. Tal será el blason de los Varonas; y enidad de coronarlo con la diadema real, de cuyo centro saldrá una pluma vuestra empuñando media espada. Para que sepáis la tual del suceso, mandaré que se intitulen de Varona estos campos que le acaban de presentarse.

Es inexplicable el ascendiente que esa hermana engrandeció á la impávida guerrera sobre cuantos lu-



vieron la ventaja de seguirla en la carrera de sus triunfos. Interrumpiéronse estos durante la libre escursión que los castellanos tercios hicieron en el reino aragonés, sin que otra cosa de particular ocurriese que el fallecimiento prematuro de D. Alvar Perez, en cuyo reemplazo entró á gobernar los batallones por unánime proclamación su idolatrada hermana.

Sabedora de que el miramamolín de Galicia se iba posesionando de la provincia de Astorga con ánimo de atacar la de Leon, cuyas guarniciones eran poco numerosas, se puso en marcha atravesando el territorio de Alcalá hasta pisar el de Valladolid, donde habiéndose propalado la noticia de que acudílabá una muger el ejército nacional, salían turbas inmensas al camino, rindiéndola los mas altos homenajes. Ella los recibía con esa pura ingenuidad que caracteriza á quien los merece; y de tal modo procuró escitar el patriotismo en los lugares donde hacía alto, que muchas doncellas se alistaron en sus filas con ánimo de secundarla en la guerra que empezaba á provocar.

Por mas pronto que quiso la Varona agregar su gente á la del monarca de Leon, ya se había apoderado el sarraceno de la tierra de Campos, triunfando en Villoslada y en Mayorga. En los castillos de Altura (hoy Dueñas), Magaz y Porta-Augusta (ó Torquemada) tremolaba el estandarte musulmán. Juró Doña María hacerle pedazos, y el asedio apareció co-

mo por encanto alrededor del primer fuerte. Interceptáronse las avenidas para impedir el socorro de víveres; y acosados del hambre, segun unas historias, ó en batalla malograda, segun otras, los sitiados desalojaron el Altura, y la Varona tomóle en feudo por gracia del rey de Leon, ampliándole con un puente, varias casas y una iglesia provista de regalos que se han conservado en mucha parte hasta el siglo XVII. Para habitación propia hizo construir un gran palacio junto al río, cuya localidad habitaron en mas cercanas épocas comendadoras de Santiago con el título de Santa Fé, las cuales se trasladaron á Toledo y allí existen.

El castillo de Magaz, situado entre Altura y Porta-Augusta franqueó sus puertas á la heroína de Villanañe, y cayendo como el rayo sobre la segunda población, en cuya entrada occidental había una torre llena de árabes, arrimaron con sagaz estratagemá gran acopio de madera y combustible, que juzgaron los enemigos sería un vano arbitrio para escalar la torre, no tomándose por consecuencia la molestia de combatirle formalmente: mas llevando Doña María á cabo su proyecto, en una hora avanzada de la noche prendió fuego al promontorio cuyas llamas se introdujeron bien veloces por los tragaluces y aspilleras de la torre, pereciendo sofocados por el humo los soldados que detestando el acero de una cristiana adolescente ó poco mas, prefirieron el suicidio á su prision.



Enriqueciéronse los estados de nuestra Varona con esa importante villa. Dejó por privilegio superior un alcaide que la representase, y emprendió su derrotero hácia Rioja, allanada por los moros procedentes de las montañas de Jaca. Otros valerosos capitanes los hicieron y dispersaron con anticipación. Doña María Perez hizo cuartel en Logroño, y á pocos días la

comunicaron haber sucumbido su hermano mayor D. Gomez, víctima del arrojo que le distinguía.

—Murió Gomez Perez: pero ¿vencimos? Sí. Pues habiendo vencido, no era necesario que viviese un capitán que no tenía enemigos que vencer. Este desatogo es propio de ese exceso de virtud que se ad-

mira y se detesta en los tiempos en que lo era profetirle.

Plantado el árbol de la paz en las vegas del Ebro y del Pisuerga, desnudáronse las corazas cuantas amazonas componían el estado mayor de la admirable gefe, y aun esta misma que por espacio de nueve años solo había pensado en batallas y conquistas, tornó á acariciar sus bellas formas con los vestidos correspondientes á su sexo, y dió la mano de inseparable compañera al infante D. Vela, cuya adición, lejos de amortiguarse desde que la vió por la primera vez en Villanaña, aun mediando el matrimonio que por intereses de familia contrajera con Doña Juliana Nuñez, condesa de Avalos, se había por el contrario avivado en virtud de tantos rasgos dignos de esmaltar el dosel de los monarcas de Castilla, en prez de los que á su sombra se sentaban.

También para los días de ardor hay noche fría y para los mares alterados dulce paz. Doña María Pérez, ese genio pendenciero que con férrea mano armada desafiara á los riesgos capaces de intimidar al mas coloso, se redujo por fin á las delicias apacibles de la vida conyugal, y á la sabia educación de un hijo con que el cielo coló el cuarto año de su enlace. En el de 1075 dejó de existir D. Vela; y habiendo depositado su cadáver en el lugar de Re-paldizar en el valle de Ayala, mudó la ilustre viuda su domicilio en compañía de su primogénito Rodrigo y otros dos que había tenido su esposo en la condesa de Avalos al palacio de Villanaña, considerado como infanzon y solariego de su precórra estirpe.

Veinte y nueve años contaba el que, destinado á transmitir á la posteridad el sobrenombre de su madre, se unió con Doña María de Mungía, hija de los señores de la casa de Villela, existente en el mismo pueblo de Mungia, cuyos poseedores son actualmente los condes de Lences, señores de la de Zorrilla, de la de Gándara y de la de Arco de Villerías. Cedidos Doña María sus haciendas de Dueñas, Torquemada y demás pueblos conquistados, á costa de los cuales dice Lope García de Salazar (1) fortificó su casa con foso, puente levadizo, barbacoa, almenas y cubos en la conformidad que hoy dia se vé, prescindiendo de algunas innovaciones secundarias. Andando el tiempo asaltóla el pensamiento de los años que había vivido matando sin descanso, y se resolvió á consagrar á Dios en el asilo de un monasterio los últimos pasos de su jornada inquieta. Reveló su plan á la superiora de Oña, cuyo claustro edificara D. Sancho, conde de Castilla, ochenta años antes, adjudicándosele á una comunidad de religiosas que subsistieron hasta que D. Sancho Ramirez de Navarra y Aragón, yerno del fundador y padre del infante D. Vela las llevó á Bailén (?) para conferir el edificio de Oña á sacerdotes cluniacenses. El estado de viudez que caracterizaba á Doña María, la hacia inhábil para vestir el hábito de castidad, como hubiera desado; pero gustosa con encerrarse en la clausura sin dejar sus ropas seculares, ni pronunciar votos monásticos, entabló un método de vida que la condujo entre consuelos inefables al sepulcro, después de cumplidos los 63 años de su edad, y ocho de reclusión edificante. Designaba su lucillo ha poco tiempo esta inscripción, trazada en un arco del claustro mencionado:

Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana María Pérez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el timbre de Varon, que adquirió fementi Varona.—Vixit coelo illa quae tot in muros et judeos in hispania occidit.

Tres particularidades anotaremos antes de cerrar este artículo: la de no haber faltado descendencia masculina en la casa de Varona desde el siglo XI por lo menos al presente: la de llevar todos los pri-

mogénitos el nombre de Rodrigo en memoria del primer sucesor de este apellido, y la de permanecer la torre y casa fuerte de Villanaña con el aspecto majestuoso que recibió en la edad de los torneos y de las trovas. Si bien las diez y nueve ramas en que el tronco principal se ha repartido disfrutan un bienestar envidiable, nos atrevemos á asegurar que pocas familias vivirán en una abstracción mas pacífica que la que vá sucediendo á la Varona en el asilo romanesco que encomendó á su descendencia. El bosque en donde asiento sería por sí solo inspirador, aunque la torre con sus decrepitas almenas, el foso con sus turbias aguas, los baluartes con sus adarves, y los álamos y sauces plantados en sus cercanías con su verdor y con sus sombras, no acaban de perfeccionar el cuadro mas encantador y pintoresco. De buena gana estaríamos nuestras observaciones al orden doméstico que rije en aquella afortunada soledad su virtuoso propietario: empero ya que la amistad detenga en este punto nuestra pluma, reciban aquí el testimonio mas cordial las noches que recordamos haber pasado en Villanaña dominando desde la montaña el valle umbrío, donde transformábase los desiertos matorrales en guerreros amontonados en el circuito del antiguo torreón, que se descubria solo y derecho como un venerable anacoreta que hubiese querido depositar lejos del mundo el secreto de su melancólica vejez. El astro de los delirios y de las fantasmas surcaba otras veces el golfo proceloso de las nubes, apareciendo y desapareciendo alternativamente entre los rumores del viento que bamboleaba las ramas de los árboles sobre sus troncos encurvados. Lleno el corazón de afectos y la mente de impresiones y de ideas, nos retirábamos por lo comun á nuestro lecho, desentendiendo sobre nuestra fantasia durante el sueño una creación inmensa é indefinible en que vivían y se agitaban los guerreros, las dueñas y demás personajes de la antigüedad, marchitos con el polvo del sepulcro, erupciones que nos aterraron un momento, pero que, produciendo los recuerdos mas gratos, pueden compararse á esas lozanas flores que alimentan de las lavas volcánicas su frescura y sus aromas.

RAFAEL MONTE.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

VIII.

(Continúa.)

—Yo acá me entiendo, yo acá me entiendo!—repuso el capitán. Si el bueno de Fernán Martins no nos hubiera encomendado el secreto, había de revelar los que tampoco esta noche dormirán muy tranquilos aquellos nobles, á no ser uno que está descansando á estas fechas en el guardarropa del rey.

Maese Blas vió que el capitán aludía al asunto que mas deseaba él saber:—al horrible misterio que presencié desde la playa Comcia el carácter de Jaime de Figueredo que para revelar el mayor secreto no necesitaba sino la mas pequeña contradicción, ó ver que del tal secreto se hacía poco caso. Por ese lado dirigió el barbero su ataque.

—Historias, historias, señor capitán!—Buen cuidado les dá á los hidalgos que vos esteis aquí tomando el relente; ellos estarán ahora descansando muy tranquilos en sus mullidos lechos sin cuidarse de si pasan ó no mala noche. Estoy por decirlos que todas estas aprensiones han sido ocasionadas por las visiones del rey que desde la muerte del duque de Braganza no hace mas que soñar con almas del otro mundo.—Pero es tarde; y como yo no veo visiones, ni soy de la guardia del rey, volvíe á recoger, que va es hora.

—¡Alto ahí, maese Blas, gritó el capitán: el rey no

(1) Manuscrip. nobil.

(2) Garthos, t. 3, comp. hist. lib. 25.

tiene ni teme apariciones (†): lo que tiene es un acerado puñal para castigar traiciones. Sabed también que si nosotros estamos aquí al relente, ni el soberbio D. Fernando de Meneses, ni el solapado D. Gutierre, ni los Alburquerque, Attáides y Silveiras, dormirán mucho más que nosotros. El rey los ha mandado prender, y desfilados de ellos! No fué cuento, no, lo que se dijo el día de la procesion del Corpus: quisieron matar al rey; pero ellos morirán ahora. Sabed, en fin, que allá arriba....

La voz de Fernán Martins que hablaba con otro personaje, con el cual se dirigía hacia la puerta de palacio, cortó el discurso del capitán, que semejante al torrente que arrastra en pód de sí puentes y diques y se estiendo por las campiñas, amenazaba al curioso maese Blas con hacerle pagar caro su afán de saber.

—Ireis al castillo de Palmela, señor obispo, decía el capitán de los jinetes al personaje que con él venía, y que era nada menos que D. Garcia de Meneses: allí aguardareis las órdenes del rey. Montad en esa mula que está ahí enjanzada. Acompañen diez jinetes del ala derecha al muy noble señor D. Garcia hasta Palmela. Soldados, vuestras cabezas caerán de sus hombros si diessen oídos á las promesas de su reverencia; vuestras manos serán cortadas en pública plaza, si las hojas de los árboles, oyesen por esos caminos sonar su oro dentro de vuestras manoplas.

—Prender á un ungido del Señor en la cámara de la reina! Poner en él las sacrilegas manos delante de su alteza, cuando estaba tratando conmigo de casos de conciencia!—Rey tirano!—nuevo Achab!—*Anathematis*. Hecha esta exclamacion, montó el obispo en la mula, y rodeado por diez jinetes de la guardia tomó el camino de Palmela. Era el postrer viaje que en este mundo hacia; pasado algún tiempo, un poco de veneno dió cuenta de él y se le llevó al sitio hacia donde todos caminamos, y del cual nadie ha vuelto todavía—hacia el cementerio.

Luego que hubo partido aquella gente, empezaron á llegar varios piquetes de ballesteros, mosqueteros, y jinetes, y el barbero pudo ver distintamente que entre ellos venían presos D. Gutierre y D. Fernando de Meneses. Subieron á palacio acompañados por Fernán Martins y los soldados volvieron á incorporarse á sus respectivas filas.

Maese Blas se había retirado junto á la puerta sin despedirse de su amigo, el cual fué á colocarse en su puesto, así que oyó la voz del capitán de los jinetes, y todo volvió á entrar en el mas profundo silencio.

De repente se dejó oír el ruido de un caballo que venía á galope y que se fué aproximando: era un jinete de la guardia que llegaba á escape: maese Blas, cuyo bullo se alcanzaba á divisar apenas á la luz de la lámpara, le preguntó: Qué nuevas, caballero?

—El recién llegado le tomó por un paje: «Paje id á decir al capitán que D. Pedro de Attáide se ha escapado, según se cree hacia Santarem, y que á Fernán de Silveira no se le ha encontrado en casa de Juan de Pegas; decidsele á él solamente ó al rey en persona.»—Pronunciadas que fueron estas palabras volvió á partir á galope.

(†) Cuenta el Historiador Garcia de Resende que despues de la muerte del duque de Bragança y hallándose el rey D. Juan en Santarem oyó llamar una vez en las altas horas de la noche, á la puerta de la cámara donde dormía con la reina. Preguntó quien era; mas nadie le contestó. De allí á poco volvieron á llamar de nuevo. Levantóse entonces y tomando su espada y rodela, abrió la puerta, llevando en la mano izquierda una tea, á la puerta estaba un bullo de hombre que comenzó á andar delante del rey; siguióle este, y el bullo continuó andando siempre y abriendo delante de sí las puertas, sin que el rey lograse alcanzarlo. Así fué andando hasta los desvanes que eran *paucosos y frequentados por cosas malas*, según dice el cronista. Gritó la reina viendo salir al rey; acudieron damas y caballeros y fueron en su busca: halláronle por fin examinando los suelos de los desvanes por donde el bullo se había hundido. Díjase en hora de D. Juan II que si su conciencia le hacía ver fantasmas era asaz caballero para arremeter con ellas. No puede decirse otro tanto de Luis onceavo, su contemporáneo y modelo.

El maese se quedó estupefacto. No sabía como decir el recado de que acababan de encargarle? Fernán Martins no estaba allí. Iré á decirsele al rey. Y por qué no? Qué me ha de suceder?—La noticia es de suma importancia; y eso me parece lo mas prudente.—Arrojándose en fin de valor empezó á subir la escalera. Al entrar en aquellas salas mal alumbradas y desiertas, las piernas le temblaron un poco; mas ya no había que retroceder; llegó por último á una cámara, en donde estaban los criados de la cámara inmóviles como estatuas y guardando el mayor silencio. Vieron entrar al barbero, y uno de ellos salió á recibirle cortesmente; maese Blas era respetado en palacio, no solo por ser hombre cortés y servicial, sino porque Anton de Faria hacia de él gran estima. El que saliera á recibirle, le preguntó en voz baja.—Qué buscáis, maese Blas?

—Quiero... quiero—hablar al rey, dijo el barbero tartamudeando.

—Llevaré vuestro recado, mas tomad aliento entre tanto que no os deja hablar el cansancio. Dicho esto entró en la cámara el criado, de la cual salió á poco y alzando el repostero de la puerta pronunció pausadamente estas palabras:—Maese Blas, su alteza os concede la gracia de escucharos.

Algunos de los pajes que por allí andaban, y que habían dejado escapar sus risitas maliciosas cuando oyeron la pretension del maese, se quedaron abobados de que en tan criticas circunstancias fuese con tanta facilidad admitido á la presencia del rey, siendo así que en horas mas regulares y tranquilas, difícilmente conseguian hablar con él ni aun los mas ilustres caballeros. Eran pajes, y los pajes de aquellos tiempos, á fuer de niños ó inocentes no tenían experiencia alguna del mundo. No recordaban que maese Blas era el barbero de Anton Faria, y que en los palacios de los reyes alcanzaba mas valimiento (en aquellos tiempos se entienda) el que rapaba las barbas al privado, que el que en los campos de batalla había cortado las cabezas de los enemigos de su patria.

Maese Blas cruzó la puerta en que apareció el criado de cámara: con pasos vacilantes é inciertos atravesó dos salas, y llegó por último al aposento donde estaba el rey. El barbero sintió que de repente se le doblaban las rodillas—aquel aposento era el que servía al rey de guardarropa, y en el que acababa de pasar hacia poco la escena misteriosa que el maese observó desde la plaza.

El rey estaba sentado en un sillón de alto respaldo: á los lados, en pié y descubiertos, D. Pedro de Eza, Diego de Azambuya, y Lope Mendez del Rio. Detrás del sillón se hallaba Anton de Faria como camarero del rey. Delante de estos, maniatados, vió el barbero á D. Gutierre, y á D. Fernando Meneses, mas no reparó en Fernán Martins que estaba en pié y recostado en su larga espada en uno de los ángulos del aposento.

—Qué me queréis, maese Blas?—dijo el rey al barbero con un metal de voz tan pausado y meliflúo como el del gato que quiere pillar á alguno un pedazo de pan.

—Señor, un caballero de la guardia de los jinetes me dió un recado para que le trajera á V. A. en persona, ó al capitán Fernán Martins; y como no he hallado á este, vengo.

El maese acerió á dirigir una mirada á este tiempo á las diversas personas que allí estaban; y sin duda en su rostro debían pintarse tan vivas señales de terror que el rey sonriéndose le dijo: No tenéis que temer. Hablad sin rebozo: los traidores han caído en mis manos. *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

El caballero ha dicho—continuó maese Blas—que D. Pedro de Attáide ha salido huyendo hacia Santarem.

Los ojos del rey centellearon como los de un tigre en medio de la oscuridad de la noche.—Que le sigan sin descanso, Fernán Martins!—Que le sigan, y cien cruzados de oro al primero que logre ponerle encima la mano, ó la punta de la lanza!

Fernán Martins salió; y los apresurados ecos de sus

zapatos de hierro resonaron cada vez mas rápidos y apagados al través de las solitarias salas por donde maese Blas antrara. Este continuó:

—Tampoco á Fernan Silveira le han encontrado en casa de Juan de Pegas.

—Pues yo sé que allí debe estar, gritó el rey cada vez mas colérico. Anton de Faria! el que ampara traidores es traidor como ellos! La cabeza de Juan de Pegas responde por la de Silveira.

—Anton de Faria salió á dar órdenes y volvió inmediatamente.

D. Fernando de Meneses estaba con aire altivo; D. Gutierre por el contrario parecia entregado á la mas viva aflicción; y maese Blas, próximo á ellos, con la boca entreabierta y los ojos espantados, hubiera podido pasar por uno de los delinquentes, si no fuese porque tenia las muñecas libres de esposas.

—Caballeros rebeldes—dijo el rey á los dos presos con voz atronadora, y apuntando hácia un hueco que yacia en medio de la estancia, algo inmediato al lado de la ventana—ahí teneis á vuestro gefe. Descubridle, Anton de Faria. Que vean en él la suerte que los aguarda.

El camarero levantó el paño y dejó ver un cadáver: tenia los ojos abiertos y vidriosos; de ambos ángulos de la boca, en la cual brillaba el esmalte de sus dientes apretados, le bajaban por el rostro dos regueros de sangre coagulada. En la garganta y en el pecho divisaban infinitas y profundas heridas, y sobre una de ellas, que parecia haberle atravesado el corazón, tenia aplicada la mano derecha, como si hubiese querido en el último trance detener la vida que por allí se le escapaba.—El muerto era el duque de Viseo!

—Ha sido asesinado!—esclamó D. Fernando de Meneses con indecible desesperacion.

—Antes él que no yo, don traidor: gritóle el rey con voz de trueno.

—Asesinado!—replicó D. Fernando: Asesino cobardel—quitaste la vida al duque de Braganza, sin pruebas, mas con juecas; á este sin lo uno, ni lo otro. De aquel fuiste el alguacil; de este, el verdugo. Solo te restan D. Manuel y tu propio hijo, para que tu querido Jorge, tu bastardo, el hijo de Doña Ana de Mendoza, suba al trono!—Sabe, empero, que el que derrama la sangre de los suyos es, como Cain, maldecido de Dios y de los hombres.—Diciendo esto el caballero dió algunos pasos, se hincó de rodillas y besó la mano del cadáver.

—«A la cárcel» gritó el rey. Y que mañana sea ajusticiado en la plaza de Setúbal.

—Mátame tú, hombre vil; que yo moriré contento donde el duque mi señor ha espirado: tú has hecho el oficio de verdugo mas deshonroso aun de lo que era.

El rey soltó una carcajada trémula y satánica.

—Perdon, señor, esclamá D. Gutierre, arrojándose á los pies de D. Juan—yo no he sido tan culpable!

—Indigno! replicó el rey.—Fuiste osado de lengua antes del peligro; ahora que ha llegado, te falta el corazón. En el castillo de Aviz aguardarás tu suerte. Ah! nobles hidalgos—continuó dando una segunda carcajada—mi mando os pareceria pesado; veremos si la tierra os parece mas ligera!—Que se concluya cuanto antes el proceso de D. Alvaro de Attaide y de Pedro de Alburquerque. Llevaos á estos ahora de aquí; y que vengan esas andas.

Los tres caballeros que estaban al lado del rey salieron con los presos, y pasados breves momentos, entraron cuatro ballesteros con unas andas. El Rey les hizo seña de que colocasen en ellas el cadáver del duque, y esclamá:

A la iglesia Catedral!—en donde sea espuesto mañana en un catafalco á los ojos de todos para que vean en él que se castigar los crimenes.

—Oh! continuó el rey volviéndose hácia el barbero;—señor maese, qué haceis vos todavía aquí?

Estaba tan horrorizado, maese Blas, que creia tener los miembros paralíticos; mas estas palabras del rey (jamás supo cómo) le plantaron á la puerta de su albergue, donde toda la noche le parecia ver tales vi-

siones que solo por la madrugada se atrevió á apagar la luz.

A la mañana siguiente, el pueblo que fué á oír misa á la catedral, vió en medio de la iglesia, sobre un catafalco, el cadáver del duque de Viseo, señor de Beja, octavo condestable del reino, hermano de la reina, y primo del rey, con el rostro descubierto, y diez heridas mortales.—Ninguno se atrevió á hacerle siquiera una aspersion de agua bendita! Había sido asesinado por mano del mismo rey!

No dejó tampoco de ir allá maese Blas (cómo habia de faltar él!)—Después de oír misa, salió de la iglesia y llegándose á la calle de la Anunciacion vió que en el sitio donde los nobles habian dejado caer sus bastones, el día de la procesion del corpus, habian cambiado el dintel de la puerta: la misma en que él habia asistido á la solemnidad. El nuevo dintel tenia una cabeza esculpida en el centro; con un letrero en latin; y en la esquina de la misma casa habian arrojado una piedra de la cantería y puesto otra en su lugar en la cual se divisaban tambien tres cabezas:—los que por allí pasaban se detenian para ver aquella novedad; porque en la tarde de la víspera nada de esto existia. Un clérigo que acertó á pasar por aquel sitio, estaba leyendo casualmente el letrero en voz alta cuando el barbero se acercó:

Si Deus pro nobis, quis contra nos?

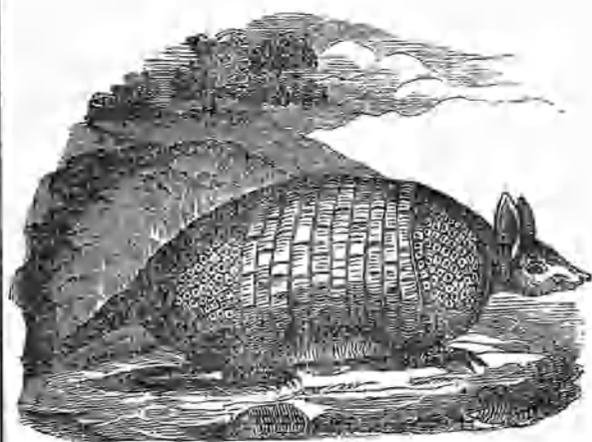
A maese Blas le parecieron estas palabras, las mismas que habia oído decir al rey en la noche precedente. Apartóse de allí, con pasos presurosos y diciéndole para su ropilla:

—Bien decia yo há tres años, en mi tienda de Evora, que Anton de Faria no echaba las cosas en saco roto, y que andando el tiempo teniamos mucho que ver.

El monumento de que aquí se hace mérito y que ha dado ocasion á esta leyenda, existe todavia en Setúbal: cualquiera puede verlo y oír acerca de él las tradiciones del pueblo.

Isidoro Gu.

PEN.



LOS ARMADILLOS.

Los armadillos constituyen por sí solos un género bastante numeroso en la familia de los *Longirros-tros*, Ord. *Edentados*, Clas. *Mamíferos* (de Cuvier.) La palabra armadillo parece que escita en nosotros la idea de un ser cubierto por una armadura mas ó menos complicada; así es efectivamente: los armadillos son muy notables por la especie de coraza de que se halla revestido su cuerpo, coraza que está formada por unas placas ó compartimientos muy semejantes á un emhaldosado; esta armadura, cuya sustancia es de naturaleza parecida á la de que se componen los huesos, se halla cubriendo al animal en parte de la cabeza, el cuello, el lomo, los costados, la grupa y la cola hasta su estremidad, y está revestida al exterior de una piel delgada, lisa y

transparente; las únicas partes del cuerpo á que no se estiende dicha lámina son: la garganta, el pecho y el vientre; la parte de la armadura que se halla cubriendo la espalda y los costados, está formada de fajas paralelas unidas entre sí por unas membranas estensibles que permiten al animal plegarse; el número de fajas no depende en nada de la edad del animal, pues se notan en los armadillos de la misma especie el mismo número de ellas en los que acaban de nacer, que en los adultos; su sistema dentario está reducido á siete ú ocho muelas en cada lado, segun las especies, ofreciendo aquellas la particularidad de no tener esmalte en su parte interior.

Los armadillos en general son animales inocentes á menos que se les permita entrar en las huertas donde hacen bastante daño por la estremada afición que tienen á las frutas y legumbres. Aun cuando son originarios de los países cálidos de América, se habitan también á vivir en climas templados; los armadillos caminan con bastante ligereza, pero les es imposible á causa de su organización, trepar á los árboles, saltar, ni correr, por lo que es fácil cogelos, pues el único recurso que adoptan en su fuga es el guarecerse en su madriguera, mas si se hallan lejos de ella, socavan la tierra con mucha prontitud para hacer un agujero y sustraerse á los ojos del cazador; á veces son sorprendidos antes de ocultarse del todo en su guarida, en la que teniendo ya metidos la cabeza y los pies se dan por seguros, pues abriendo sus conchas y apretándolas con todas sus fuerzas contra las paredes del agujero, suele acontecer que primero se queda el cazador con la cola en la mano que sacarle á él, á menos que por medio de un palo ú otro cualquier objeto se le haga cosquillas, en cuyo caso vuelve á contraerse y se deja coger; cuando las cuevas en que se hallan son muy profundas, hay que echarles agua ó humo para forzarles á salir: en cuanto es cogido el armadillo hace lo que los crizos, se contrae formando una bola, pero para obligarlos á que se estendán se les coloca cerca del fuego.

La caza del armadillo se hace con perros que lo alcanzan muy pronto, pero él no deja que lleguen sin encorcerse antes, y si se encuentran á la orilla de un precipicio no dá lugar á que le cojan, pues formando una bola se echa á rodar por él, no sufriendo por esto daño alguno.

Los armadillos son muy fecundos, pues gozan de grandes facultades para la reproducción; aseguran que la hembra pare cuatro hijuelos cada mes, de lo cual proviene que las especies son numerosísimas: viven con preferencia en parages húmedos y calientes, y cuando salen de sus cuevas que son bastante profundas, procuran no alejarse mucho de ellas por no ser sorprendidos: la carne de los armadillos es bastante sabrosa; los indios se sirven de sus conchas para hacer vasijas y canastillos que pintan en su interior caprichosamente.

Algunos han atribuido varias propiedades medicinales á ciertos y determinados huesos de este animal y en especial al último artículo ó hueso de la cola, que lo han tenido por remedio muy eficaz contra la sordera y dolor de oído; la razón aconseja que no demos crédito á esta paradoja, pues efectos

tan maravillosos no son producidos sino por virtudes imaginarias que solamente la superstición ha podido sostener; los huesos del armadillo son ni mas ni menos que los de otro cualquier animal.

El grabado que acompaña á este artículo representa un individuo de la especie conocida por Linneo con el nombre *Dasyus vngulis novem*.

J. A. T. A.

PENSAMIENTOS.

El hipócrita llega á veces á persuadirse de estar adornado de las virtudes que afecta, así como el charlatan en fuerza de exagerar la eficacia de su pomada, acaba por creer en sus efectos y hacer uso de ella.

En el amor mas puro es mas el humo que la llama.

Las personas que estan siempre en movimiento sin que al mismo tiempo sirvan para nada, son relojes que andan pero que no tienen mano.

Estrañamos que el malo sea feliz y el bueno sufra los rigores de la suerte: la vida es un libro, las erratas se hallan al fin.

Lo que se dice y lo que se piensa no está siempre de acuerdo.

El amor que se experimenta, solo existe realmente en la persona que ama, la que es amada no es mas que el pretexto.

La incertidumbre es el peor de todos los males, hasta el momento en que la realidad hace que echemos de menos la incertidumbre.

La primera mitad de la vida se pasa deseando la segunda y esta lamentándose de que haya pasado la primera.

Los señores suscritores que lo han sido al SIGLO Y que por continuar siéndolo por medio año á nuestro periódico tienen derecho á adquirir los pliegos de regalo ofrecidos, se servirá pasar á recogerlos á la librería de Pereda calle de Preciados n. 39, único punto donde les serán entregados en los dias 13, 14 y 15, presentando el recibo de suscripción al SEMANARIO por medio año. Los que tengan alguna reclamación que hacer en punto al mencionado regalo, deben dirigirse á la oficina del periódico cualquier dia de 9 á 4.

El Sr. Príncipe no puede entregar el completo del original de *La Casa de Pero-Hernandes* hasta fines de mes; hacemos esta advertencia para evitar reclamaciones y para que conste que la anterior empresa del SEMANARIO que tiene ofrecido este regalo, no es culpable del retraso. Nuestros suscritores pueden estar seguros de que en nada les perjudicará y de que los avisaremos tan pronto como se halle disponible la leyenda en cuestion.

GEROGLIFICO.

Solucion.—La fortuna solo es para quien la encuentra.

MADRID.—Librería de Pereda, Guesta, Nouier, Bladete, Labolon, Gaspar y Boig; Raola, Puyari, Ylla y la Publicidad, litografía de Beldier, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCAS.—Remitiendo sus libranas sobre correo, franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION del SEMANARIO, calle de Jacometreo, n. 26, cuarto segundo.